

tario, sino que representa un incesante combate? Recibe un anticipo y reintegra en productos: su interés es en todas circunstancias directamente opuesto al del amo; uno y otro entregan lo menos posible; disputan sobre todo y no pronuncian una sola palabra que no sea bien pesada, con el fin de retener un grano de trigo ó de ganar un céntimo. Así pasan las cosas cuando el contacto es inmediato entre los representantes de ambas clases; pero casi siempre se mueven en dos mundos absolutamente distintos, y los intereses recíprocos se tratan por mediación de agentes, terceros parásitos, que se deslizan casi siempre sobre la pendiente fácil de los negocios, que les incitan casi siempre á engañar á los dos coparticipantes. Cuando prevalecen semejantes prácticas, es imposible que el mejor tratamiento de la tierra domine en el pensamiento del colono. Ir viviendo, acomodarse como pueda á su destino funesto, no puede ser otro su deseo¹.

Entre otras combinaciones intermedias en la enfiteusis del suelo, puede citarse también la práctica denominada en Bretaña de los *domaines congeables*, práctica menos injusta en apariencia que la que rige para arrendatarios ó colonos, pero mucho más inestable todavía. Se comprende fácilmente cómo nació esta costumbre: muchos señores á quienes se había atribuido extensos territorios, no sabían qué hacer de ellos, por carecer de personal para utilizarlos ó de medios para suministrar á arrendatarios elementos de trabajo, y se limitaban á ofrecer esas tierras, que les hubieran sido inútiles, al primer ocupante que se presentaba, obteniendo en cambio el pago de un alquiler, mínimo al principio, pero que fué aumentando en proporción de las demandas de concesión que se iban haciendo. Si se les ofrecía mejores condiciones de alquiler, tenían el derecho de despedir á sus locatarios, á condición de abonarles el precio de todas las construcciones y de todas las mejoras hechas sobre el terreno. Fuertes con esa condición, los labradores de Bretaña lograron conservar por mucho tiempo la posesión de su tierra, y aun algunos adquirieron pleno dominio pagándolas á ínfimo precio á sus propietarios legales; pero éstos en virtud de sus títulos y privilegios, no cesaban de obrar

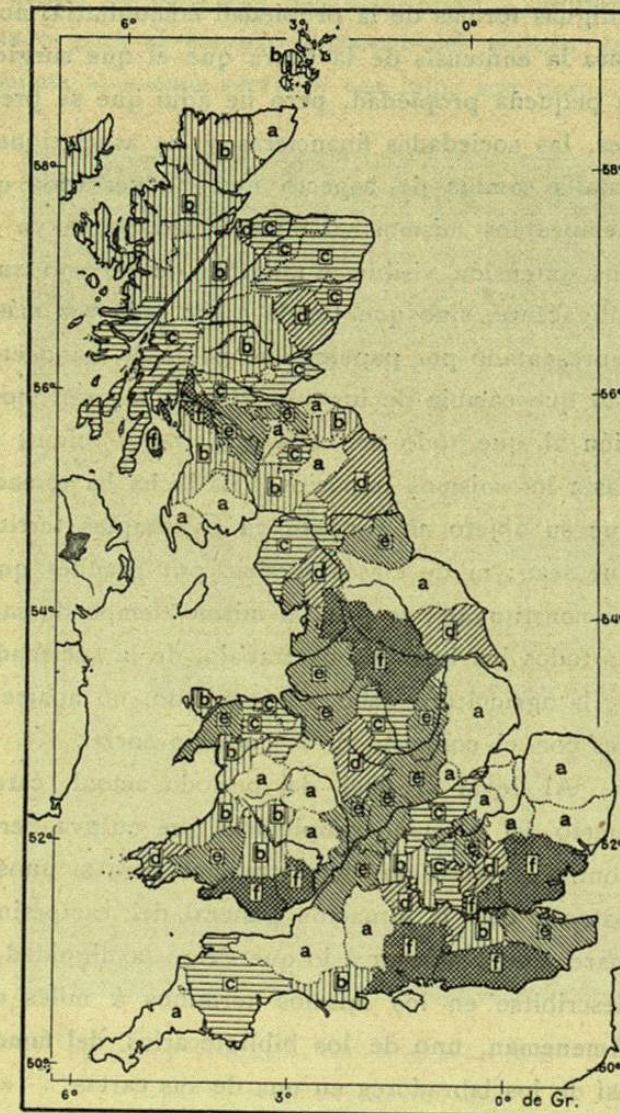
¹ Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, p. 313.

cerca del poder y de los tribunales para reducir á poca cosa ó nada el valor de los trabajos realizados en sus tierras por los colonos. En 1647, los Estados de Bretaña reunidos en Nantes prohibieron á los labradores elevar el valor de los edificios y «derechos reparatorios» sobre el de una proporción fija del valor del fondo; á la vez jueces y parte, los miembros de los Estados decidían que adquirirían para siempre el derecho de obligar á la bancarrota á sus locatarios y de despedirlos para tratar con otros labradores, esta vez en concepto de arrendatarios. Á medida que el suelo aumentaba en valor, el propietario se enriquecía é imponía condiciones en vez de sufrirlas¹.

Solía presumirse

¹ E. Beslay, *Notas manuscritas*.

N.º 567. Aumento de valor de la tierra de la Gran Bretaña, 1860-1906.



1: 7 500 000
0 100 200 400 Kil.

a, 0'96 á 1'25. — b, 1'25 á 1'50. — c, 1'50 á 1'75. — d, 1'75 á 2. — e, 2 á 2'50. — f, aumento superior á 2'50. Alcanza 3'36 en Renfrew; 3'44 en Essex; 4'14 en la porción Sud de Yorkshire; 5'16 en Glamorgan; 6'92 en el condado de Londres. En cuanto al precio de alquiler, varía de 5 francos la hectárea (Sutherland) á 1,427 (Lancashire) y á 2,510 (condado de Londres). (Véase el *Statesman's Year Book*, 1907.)

recientemente todavía, que después de la presunta desaparición de las antiguas formas de la propiedad comunitaria, no habría otro conflicto para la enfiteusis de la tierra que el que surgiera entre la grande y la pequeña propiedad, pero he aquí que se presentan otros campeones, las sociedades financieras y las asociaciones de trabajadores: la batalla cambia de aspecto entre adversarios que en el fondo son siempre los mismos. La propiedad no es ya como en otro tiempo una extensión visible y tangible de terreno sujeta á la roca sólida subyacente, sino que tiende á ser cada vez más un valor cambiante, representado por papeles que pasan de mano en mano; es una cantidad que cambia de lugar y gira en el gran movimiento de especulación al que todo se halla arrastrado, minas, ferrocarriles, flotas y hasta los mismos imperios. La lucha ha tomado tales proporciones, que su objeto no consiste ya en simples territorios, por numerosos que sean; ni de clases rurales, por grandes que sean las masas que las constituyan; se trata al mismo tiempo de campesinos, de obreros, de todos los hombres de trabajo, de la sociedad entera: el problema de la agricultura debe ser estudiado, no aparte, sino en sus relaciones con el conjunto de la cuestión social.

Al llegar al final del período actual, caracterizado por el esfuerzo del pequeño propietario que cultiva personalmente su parcela contra el señor que hace trabajar para sí unos mercenarios, resulta patente que la situación general del campesino es en muchas comarcas muy inferior á lo que exige la dignidad humana, y que puede describirse en los mismos términos á miles de años de intervalo. Ameneman, uno de los bibliotecarios del famoso Sesostris, hablaba así de los labradores en una de sus cartas¹: «¿Te has representado alguna vez la existencia del campesino? Antes que llegue la siega los insectos destruyen una porción de su cosecha, hay multitud de ratas en los campos, después viene la invasión de la langosta y por último los pájaros descienden en bandadas sobre las gavillas. Si descuida recoger pronto lo que ha segado, los ladrones se lo quitan; su caballo cae rendido tirando del arado. El perceptor de impuestos llega al desembarcadero, acompañado de agentes armados de

¹ Citado por F. Lenormant, *Les premières civilisations*.

palos, de negros con ramas de palmera, y todos dicen: « Dame de tu trigo », y no hay medio de resistir á sus exacciones. Después el desgraciado es alistado para el servicio personal del trabajo de canales, su mujer es sujeta al mismo servicio, sus hijos son despojados... »

Lo que eran los campesinos hace dos siglos para la sociedad culta « de la ciudad y de la corte », es sabido por la punzante descripción de La Bruyère; y sin embargo, es posible que esa odiosa página sea de una verdad parcial, ya terrible por aplicarse á millones de seres humanos. Un observador como el pintor de los *Caracteres* debía haber extendido su campo de estudios sobre el conjunto de la nación, y lo que



UN BOSQUE DE BAMBÚES (*Phyllostachys quilioi*)

National Geographical Magazine, 1904.

El bambú alcanza su altura máxima en una sola estación. Los árboles de este bosque tienen quince días.

escribió sobre los campesinos debe interpretarse como una acusación contra el régimen político y social que pesaba sobre el pueblo. Desde el mariscal de Vauban hasta Richard Heath¹, se ve la descripción del mismo cuadro, la exposición de las mismas quejas. Otros documentos, tristesísimos de ver, manifiestan la impresión general de la sociedad culta

¹ *Dîme Royale*. — *The Via dolorosa of the English Peasant*.

relativamente á los trabajadores de la tierra. Examínense unos después de otros los cuadros de Breughel, de Teniers y de tantos otros pintores famosos, que pintaban á su lado ó cerca de ellos escenas de la vida rústica. ¿Hubo en ellos una señal cualquiera de respeto y de afecto, ó una apariencia lejana de piedad hacia aquellos que nos dan el pan? No, todos esos artistas que componían sus grupos y pintaban



THÉODORE VAN THULDEN (1606-1676) — UNA BODA EN UN VILLORRIO (fragmento)

sus telas, querían ante todo, consciente ó inconscientemente, agradar á su clientela, y á este fin se burlaban en grande, impúdica y groseramente de aquellos rústicos, sucios del contacto con el estiércol que abona la tierra nutricia. Les gustaba burlarse de aquellos infelices que figuraban como una raza absolutamente inferior físicamente á la que producía las gentes acomodadas y sus señorías los funcionarios. Existen en verdad diseminados esos tipos: hállese en el Brabante y en las provincias inmediatas individuos macizos, de tronco grueso y deforme, de cabeza hundida entre los hombros y de miem-

bros desproporcionados; pero en ninguna parte se ven poblaciones enteras compuestas de esos seres antipáticos, ocupados todos al mismo tiempo en las bajas funciones de la vida, en la suciedad de las calles y de los basureros. Se ve la intención de hacer reír á la buena sociedad y de satisfacer al mismo tiempo la aversión hacia



FRANÇOIS BOUCHER (1703-1770) — LA MUSETTE

Museo del Louvre.

una raza que se supone inferior: así se representan los negros en América en forma de monstruos grotescos de espantosos rictus¹.

¡Cuán falsas también, aunque en sentido opuesto, fueron las imágenes del campesino, tales como fingían verles los pintores «amantes de la Naturaleza» durante el siglo que precedió á la Revolución francesa! Esos pastores vestidos de seda y cubiertos de lazos, que tocan la flauta luciendo sus habilidades ante sus pastoras adornadas con bandas y cintas flotantes, eran representaciones de los rudos trabajadores que cavan el suelo y le fecundizan por su incesante

¹ Henry Vandeveldé, *Le Paysan en peinture*.

trabajo. Y ya que la moda había decidido la vuelta á la Naturaleza, se volvía hacia ella dándole el afectado aspecto dictado por el uso del mundo elegante. Terribles dramas sociales, guerras y matanzas, la invasión de la industria manufacturera, toda una era nueva hubo de suceder al antiguo régimen para que el artista se encontrase al fin ante el verdadero campesino y que osara comprenderle con su verdadera naturaleza, con sus punzantes miserias, sus alegrías, sus dolores y los lazos de humanidad común que hacen de él el hermano de los otros hombres, obreros ó burgueses. Hasta el artista y el escritor que le presentan bajo el aspecto más lamentable de miseria y de ruina física ó moral pueden hacerlo á veces impulsados por su afecto y por el deseo de favorecerles: Zola ama al campesino cuando le describe en *La Tierra*, avaro, astuto, bajo y grosero. Millet ama también al viñador cuando nos le muestra abatido por la fatiga y el calor en la margen del campo, goteándole el sudor, congestionado por una sangre que ya no circula, masa caída sin fuerza y sin conciencia de la escasa vida que todavía le resta.

El campesino, tal como se le conoció antes, está en vía de desaparición: la enfitesis cambia en su rededor, él también ha de cambiar proporcionalmente. Hasta el pequeño propietario que procura calzar todavía los zuecos de su padre y se aferra con desesperación á la antigua rutina del cultivo no puede ignorar los métodos del vecino, ni cerrar los oídos á las relaciones que oye en la feria. Ve ensancharse sin cesar el círculo de los intereses; infórmese ó no, sabe que el trigo de Rusia y el maíz de los Estados Unidos vienen á hacer concurrencia á sus productos y disminuyen su valor en venta; á pesar de todo se ve envuelto en la especialización del trabajo; cada vez se acerca más á la situación del obrero que en las grandes ciudades se ve sujeto á los trabajos de la gran industria. Á medida que la explotación de la tierra se va haciendo más científica, ve atenuarse los caracteres que le separaban de los trabajadores de las ciudades. De proletarios á proletarios las clases tienden á confundirse, como se han confundido ya entre los señores de la tierra y de la manufactura.

Todo ese caos aparente de las fuerzas en lucha, desde el humilde labrador del surco hasta el fastuoso capitalista que dispone de la cosecha en mil puntos del mundo, causa fatalmente una producción

desordenada sin regla ni método. Si puede preverse que los elementos necesarios para el cultivo de la tierra, el crecimiento y la madurez de las plantas nutricias no faltarán jamás al hombre, — porque nada se pierde en la Naturaleza, no puede haber en ella más que modificaciones y cambios de lugar —, sin embargo, una gestión dilapidadora tiene por consecuencia dispersar los recursos indispensables á la tierra y agotar los campos durante un largo período. Puede suceder que en un punto ó en otro el «fondo de circulación de la vida», transportado á otro sitio, llegue á ser insuficiente allá donde abundaba en otro tiempo, y que los países más fecundos se transformen en desiertos. Tal sería, según muchos autores, la causa de que

la Bactriana, la Mesopotamia y otras regiones del Asia, lo mismo que las inmediaciones del Taklamakan, hubieran perdido parcialmente sus habitantes: la desaparición del fósforo arrastrado hacia los mares no permitiría á los cereales formarse, producirse las mieses ni, por consiguiente, vivir á los hombres. No obstante, esas afirmaciones parecen exageradas, porque, todavía en nuestros días, las tierras cultivadas hace tres mil años por los antepasados de los Turcos, los Arios, los Elamitas y los Akkads, producen cosechas en abundancia, siempre que la lluvia les favorece copiosamente. Las aguas del Tarim, del Oxus, del Tigris y del Eufrates aportan con suficiencia el fosfato y otros elementos de fecundidad.



Museo de Bruselas.

LA GLEBA, DE CONSTANTIN MEUNIER